

JUAN JOSÉ ROSADO, *Los excursionistas místicos*, Almería, Lagarto Editores, 2009, 170 págs.

Irreverente y lúcida, *Los excursionistas místicos* es la ópera prima, si exceptuamos *Ellibrolibro*, del artista plástico Juan José Rosado (Almería, 1968).

Un permanente cuestionamiento de las “verdades” sólidamente asentadas y apenas debatidas es la clave hermenéutica para abordar la novela y en este sentido sus páginas transpiran un escepticismo muy postmoderno y una incorrección política bastante infrecuente en la literatura española actual. Dice el crítico Jesús Montoya que hay en la nueva narrativa hispanoamericana, en contraste con la producción de nuestro país, una apuesta por “romper la solemnidad a partir del exceso”. Es, precisamente, en este lugar de la desmesura paródica que destila un ácido humor en el que se sitúa, sin embargo, la distorsión absoluta de la realidad “objetiva” y supuestamente cabal que es *Los excursionistas místicos*. Los personajes pierden su aura y su prestigio –si es que alguna vez lo tuvieron– y acaban enfangados, terminan siendo rebajados en el imaginario colectivo por sus propios vicios y “pecados”: la codicia, la lujuria, el éxito social a toda costa o la pereza son algunos de los rasgos que caracterizan a los protagonistas de esta fábula contemporánea. No obstante, todo está inventado en el fondo y la transgresión de *Luces de Bohemia* con sus espejos que deforman o desvirtúan la realidad, la sátira sacrílega de ecos grotescos de Rabelais o la escritura brutal y feísta de Courtoisie podrían emparentarse con nuestro texto de la misma manera que lo haría la vertiente escatológica propia del barroco peninsular –recordemos la sordidez del *Gracias y desgracias del ojo del culo* de Quevedo– o el más reciente neobarroco hispanoamericano –sería más cercano en todo caso a Perlongher o Echavarren que a Lezama–. No se puede leer esta novela sin esbozar una sonrisa de complicidad, pero tampoco se puede leer sin arrugar el ceño, sin desencajarse o hacer una mueca imprevisible en algún momento. El lector aletargado no es posible; antes bien, no puede ser sino un lector atento, que salta de su sillón a cada instante porque es constantemente provocado, retado, burlado o interpelado. Se siguen, pues, los dictados del lector participativo o co-autor con que se inicia la modernidad y que la postmodernidad confirma. Tras la crudeza y cierto expresionismo en la visión del mundo de Rosado, hay, sin embargo, un mensaje crítico, desgarrador y nada humorístico acerca de la sociedad anestesiada por los medios y

el consumismo, manipulada por las instituciones religiosas y políticas que la práctica del neoliberalismo a ultranza nos ha legado. Los acontecimientos se suceden sin tregua en una trama trepidante y muy cinematográfica donde cada evento supera en delirio al anterior y se aleja, desde el recurso develado en la última página de la incógnita de la identidad del narrador hasta la descripción dantesca y delirante de personajes y sucesos, del realismo más convencional. La importancia de la historia –todos somos víctimas y victimarios de alguna manera– no desmerece del cuidado en el lenguaje y de cierto espíritu de experimentación, evidente en el collage de tipologías textuales variadas –especialmente de la prensa– en algunos capítulos. En cualquier caso, es el registro coloquial el predominante en la novela, aunque se combina con fragmentos o digresiones de carácter enciclopédico o documental que van de lo etnográfico a lo geológico o lo cinematográfico. Esta hibridez y sincretismo es otro de los rasgos incuestionablemente postmodernos de la novela. La heterogeneidad de materiales es grande e incluso tiene cabida la encuesta sociológica en un guiño divertido e inesperado al trabajo de campo que la novela constituye. Quizás no hubiera sido inadecuado, se me ocurre, marcar su naturaleza diferente con letra cursiva, como Luis Martín-Santos o Eduardo Mendoza hicieron en sus textos mestizos y revolucionarios a la hora de deconstruir la narrativa tradicional y el realismo social de su época desde los registros y estilos más variados.

Por otra parte, no se puede entender *Los excursionistas místicos* sin el referente local. Almería y sus carencias, fracasos o miserias como metáfora de lo humano y lo universal, como microcosmos en el que verter la ira o la indignación ante la apatía, la endogamia y el lucro de los poderes fácticos. Al estilo de la “comedia humana” de Balzac todos los estamentos y dominios de la sociedad son atacados con denuedo. La cofradía es una suerte de metáfora de la sociedad almeriense donde todos los planos –político, literario, económico– están representados y muestran hasta qué punto hay dependencia todavía de la institución católica en un estado sólo en apariencia laico –o más bien aconfesional–. Un único reproche narratológico: los flashbacks acerca del pasado de los personajes en ocasiones entorpecen el seguimiento de la trama principal o hilo argumental y restan fluidez despistando al lector.

En definitiva, estamos ante un texto de una fresca inédita, corrosiva y con hilarantes hallazgos que van más allá del simple

divertimento. Y eso que es evidente que el autor ha disfrutado sobremanera escribiendo este retrato desengañado y crítico de la “vida líquida” contemporánea –Bauman *dixit*– con toques buñuelescos, fantásticos y de la estética del absurdo que entroncaría también, en algunos momentos, con la estirpe del realismo sucio de Raymond Carver. La violenta y convulsa sociedad del siglo XXI pasada, como señala Antonio Orejudo, su prologuista, por los espejos cóncavos y convexos del callejón del gato. En definitiva, literatura que cumple la máxima latina de *delectare et docere*, literatura que, como quiere Edward Said, “dice la verdad al poder”.

MARÍA JOSÉ BRUÑA BRAGADO
Universidad de Salamanca